

LIBRO DÉCIMO SEXTO

LA CABAÑA DEL MONJE

*Últimamente comprendí el significado de la tranquilidad.
Día tras día me mantuve apartado de la multitud;
limpié mi cabaña y la preparé para la visita de un monje
que llegó a visitarme desde las montañas lejanas.
Vino bajando desde los riscos ocultos por las nubes,
para verme en mi casa en medio del bosque.
Sentados en el suelo compartimos la resina del pino,
y quemamos incienso meditando en los sutras del Camino.*

Wang Wei (699-759 D. de C.)

**Helena Ediciones.
Talca, 2015.**

PÓRTICO

Como un herido a muerte

Definitivamente, no quiero leer en las cantinas
ni con megáfono en mano en un paseo público
tampoco bajo toldos con pruebas de sonido
ni en el carro resbaladizo de ninguna victoria
menos, torpe anciano decrepito y olvidadizo
en el teatro apercancado de mi pueblo natal
No; acaso te susurre de cara a *Lo Invisible*¹
un poema sencillo y fugaz, vaho en el viento
que deje en tus oídos mis últimas palabras
como un herido a muerte en su hora final

I LA CANCIÓN DE URÍAS²

(Atrapasueños)

Amaba un sueño?
Mallarmé

Aquí, con la pavora
de quedar otra vez
temblando en el camino:
Atrapasueños
para volver a creer
en los membrillos
en las ciruelas
en las matas de papa
de una huerta de Chonchi
Aquí hojeando un libro
con los zapatos rotos
con las llaves perdidas
*recuerdas que siempre
se me perdía algo?*
Esta noche se fueron
las últimas palabras:

¹ San Juan de la Cruz llamaba *Lo Invisible* al Hacedor de todas las cosas.

² Urías, el hitita, fue enviado a la guerra por el rey David, donde fallece. Luego, éste se casa con su esposa Betsabé. Ambos serán padres del sabio Salomón.

Atrapasueños
para silbar un aire
creyendo que aún me espera
la luna en el zanjón

(La daga)

El frío abre
la vieja herida donde
abreva el canto

(Urías se despide de su amada)

Herido entre las piedras divisa un buitre
olfateando el vaho de su sangre:
*Adiós, Bestsabé mía, hija de mis quebrantos
aquí tendido me voy a otra luz, a otro canto
que en tu vientre se aloje la sabiduría; siente
que no crie rencor, mas sueña que te contemplo
bañándote en mis aguas, pececito de nácar
No pude regar mi huerta ni apacentar majadas
mi cítara la echaron al fuego, mis sandalias
se empolvan debajo de la higuera... Hermana
algún día entrarás al Reino como el aire
sin vestido ni joyas, alma de los primores
serás pura, inocente, gorjeo entre las ramas
y una sonrisa leve será la madrugada
Las estrellas sabrán indicarte el camino
te dejo en la memoria luciérnagas y lirios
por si un día te pierdes entre las baratijas
Dile a mi buena gente, a los amigos nobles
que dejen en la tierra estos huesos partidos
saldrán de mis sales hierbas, correhuelas
chamicos; tú conoces mis mañas de ser
querendón del pobre cardo seco en la yesca
de la rosa azucena donde sople el encanto
No llores, porque entro a una edad sin tiempo
donde todos llegamos más temprano que tarde
El rey vagará ansioso detrás de algún poema
errará por los valles detrás de una respuesta
que sólo encontrará cuando sea ceniza
Adiós, Betsabé mía, hija de mis quebrantos
El moribundo cierra los ojos bajo un cedro
mientras, lenta, se acerca el ave de rapiña*

*(Urías se abraza a las raíces
de un cedro, y expira)*

Entonces, del zanjón ascendió una torcaza
así como el fulgor que destella en los astros
y observó, desde el cielo, sus amados despojos:
*Ahora iré tañendo mis cuerdas empolvadas
donde quieran llevarme los vientos de la tarde
Betsabé es otra herida que acaso iré olvidando
para encontrar minucias, gestos que había dejado
guardados en el fondo de la memoria; ahora
iré al tiempo más calmo, transparente, invisible
tanteando con la luz cosas abandonadas
cuando todos estén con sus afanes ruines
entre armas, calderos, azadas y amoríos
El rey vaga con úlceras, con llagas, con migrañas
intentando calmar su lumbago con baños
de sal en las terrazas, mientras las plagas
entran sin asco a los graneros, a las melgas
del bajo, a los panales ciegos, al puquio
donde abreven los ganados. Ahora, que lento
cruza mi espíritu la aldea silbando viejos aires
de canciones rituales, veo mis herramientas
apoyadas a un muro, veo mi manta rala
a los pies de una cuna, veo mi cantarito
trizado en una mesa lleno de las semillas
que dejé remojando, veo larga la sombra
de mi mulo amarrado, la higuera, el pozo
la huella que se pierde orillando una cerca
veo trapitos blancos colgados de las ramas
humo sobre los techos, aves en los corrales
pero, la casa sola esperando otra ausencia
los trastos carcomidos, las azucenas mustias
Ahora remonto el vuelo, queda sucia mi espada
y atravieso las brumas sin mirar hacia atrás
Las flores embalsaman los huesos del hitita
mientras, se va apagando la hoguera de su lar*

(Betsabé en la hamaca)

Una tarde en la hamaca
la muchacha de Urías
recordó la pobreza
cuando era dichosa
con una hoja seca
con el rumor del agua
del estero, con un pájaro
con el pito lejano del
tren de trocha angosta

que paraba en Corinto
debajo de un gran pino
Recordó cuando entraron
sus lunas en mi boca
y mamé del calostro
que regaba las ruinas
un volcán recordó
una pirca, una terma
un tronco donde puso
su mochila con sueños
y ahí durmió cansada
de escorias y cenizas
Recordó los rodados
que pintaba bailando
entre los pampanitos
cuando el hambre
partía una manzana
cuando el frío era amigo
de calcetines rotos
de leñita mojada
de tachos y churrascas...
Una tarde en la hamaca
la muchacha suspira:
el rey no se percata
quién llama a sus pupilas

*(Betsabé fue a una tumba
a llorar su desgracia)*

Betsabé fue a una tumba
a llorar su desgracia:
*Fui esclava de las cosas
que acumuló el monarca
todo me era extraño
había como un puente
cortado en las tinieblas
debía ser su sombra
y bañarme con velos
y dormir entre dagas
y besar con temores
y soñar escondida
y orinar taciturna
lejos de sus narices
no como en nuestra casa
debajo de un matico
Cuando se despertaba
yo cerraba los ojos:
bestia de carga he sido
que ha visto una serpiente*

*Ay, Urías, Urías
qué diferente el aire de
aquel zanjón de Quepo
qué salvaje los bosques
del Valle del Venado
las aguas del Blanquillo
donde nos refrescamos
una tarde de sol volviendo
del volcán. Qué busco
entre las joyas, entre
perfumes raros
comprado a los rufianes?
qué me dejan los tules
las canciones eunucas
las flores que otros plantan
el mar que otros navegan
el pan que sabe amargo
si faltan las leyendas
de mi rústica aldea?
Adiós días lejanos
de costumbres sencillas
Betsabé se transforma
al pisar su aposento
en espiga de jade
en nenúfar de nácar
en reina de Jordania*

*(Una tarde de otoño
Betsabé emprende vuelo)*

*De todos tus amores
no quedará ninguno
dice la voz del tiempo
cuando cierra los ojos
Aquí serás un ángel
que cura sus heridas
no habrá remordimientos
ni rencor ni lujuria
acaso un largo sueño
perdido en los arreos
de Urías, en la noche
de Sión, amamantado
al sabio de Judea
Ahora serás torcaza
afinando las cítaras
escribirás proverbios
cantarás entre nardos
con tus alas azules
templarás a los tercios
rizarás con tus plumas
las viejas cicatrices*

*aplacarás la furia
de las legiones ebrias
agüita de la roca
damasco de la huerta
pan ácimo, racimo
de pampanito púrpura
bendecirás tus tierras
tu larga descendencia
duérmete a mi costado
borreguita cansada
La voz del tiempo dice
a la pobre muchacha
Eres mi maltratada
que regresa a su nido:
de todos tus dolores
no quedará ninguno*

(El sudario)

Cuando te vea
ya habrá caído polvo
sobre las rosas

II LA CABAÑA DEL MONJE

La nieta de Ukki

a Mandy

Cuando la nieta de Ukki emprendió viaje
al país del Kalevala, echó en su mochila
las flores del sendero entre su casa y la mía
azulillos, dientes de león, dedales de oro
echó un columpio colgado del palto
dos muñecas de trapo, un gato tuerto
echó un paseo a caballo al Valle del Venado
la cola de un zorro entre las zarzamoras
una playa donde ahora la suelo buscar
entre las docas, entre las gaviotas
Cuando la nieta de Ukki me dijo adiós
sus ojitos se quedaron dentro de mis ojos
como crías de chercán echadas en el nido
como ciruelas en su balde, como mariposa
entre los pétalos de una astromelia o abeja
empozada en el panal, en la miel; castillos
de arena echó, un terremoto, un cintillo

morado, la parrilla de mi bicicleta
una carpa donde dormíamos en Chiloé
toninas brincando entre las olas, estrellas
fugaces que caían al patio de mi casa
Cuando se fue mi pequeña nació de repente
un largo deseo de escuchar a Sibelius
el canto de los gallos, la campana
de la parroquia de mi barrio, los ladridos
del Colchón, el viento entre las hojas
de un sauce muy alto donde escalaba
persiguiendo la luna; entonces, hacía piruetas
volteretas, acrobacias de araña trepadora...
Esta noche tendido en un bosque de coihues
escucho su risa de agua debajo de las piedras

Las cosas se invierten en sus aposentos

De tanto andar a pleno sol
las cosas se invierten en sus aposentos
dan lástima los objetos detenidos
los cachivaches del galpón, los trastos
viejos; esos cachureos vacíos del rumor
que un día nos hizo creer en los deseos
De pronto, se tiñen las cortinas con el
ocre macilento de veranos encerrados
la arena nos persigue en los pliegues
del pantalón, el barro de los zapatos
se pasea por los rincones de la casa
y el polvo cubre nuestro nombre de pila
Cruzando solo las oscuras intemperies
cómo he de vacilar ante las sombras
si mis manos destrabaron acertijos
y nunca fui carancho en corral ajeno
cuando los ciegos huían del primer
esplendor? Hoy la luna pasa despacio
humilde, entre las rocas, los escoriales
por las marcas, tú sabes, por el Cajón
de las Ánimas, donde aún tañen
la vidalita de la mariposa nocturna
que enciende con sus alas el fogón

Las viejas termitas se irán con los escombros

Cuando el dolor cubre con su bruma
la agenda olvidada sobre el velador
y la ventana empañada se oscurece
como el carguero del ramal pasando por
un túnel, y del último día en la cabaña
del Monje bajo los avellanos apenas
recordamos el primer amanecer, el
sombrero escarchado, y del remolino
de hojas secas y gritos de cachañas
que emigran de tus ojos nada queda
salvo la rueda pinchada de mi bici
salvo un oso de peluche, un brasero
bastones silenciosos trepando el volcán
donde respirar la pureza original, o
tal vez, depositar un lirio en el templo
del peñi que emigra monte adentro
*acaso la locura, como dijo el poeta
no sea si no una excusa para seguir soñando*³
Ahora, creo, debo cambiar de nombre
irme a otra historia, a otro tiempo, porque
todo se esfuma tras el humo en el viento
tras estrellas fugaces, tras espíritus que caen
al mar, antes que ñawe olvide las palabras...
Mañana regreso al primer esplendor, al
manantial desnudo, al fogón, al peuma:
un ciego cantará *Grítenme piedras del campo*⁴
y las viejas termitas se irán con los escombros

Conversaciones con mi padre muerto

El monte cría letrados
Cervantes

Oscuro ando por el huerto
tanteando los troncos, las espinas
las piedras mojadas de rocío
el lomo del perro, el mango
de la pala que dejaste en el galpón
junto a una ruma de canastos
Oscuro ando a tropezones
he dado con los baldes oxidados

³ Leopoldo María Panero.

⁴ Canción de Cuco Sánchez.

con trastos llenos de cachureos
sacos de carbón, una escalera
botellas, un triciclo sin manubrio
con un columpio he dado, colgado
de la luna, con una boina apolillada
con el hacha, una manguera, el rosal
y nada logra encajar en este aire
que me falta, en esta sombra
que se oculta en el fondo del patio
Oscuro, como un zanjón de Las Tizas
como el vino de Curepto, como
las memorias de un desaparecido
tirado al mar de Chile desde el cielo
me hundo en las cosas, lentamente
igual que la soledad en las tinieblas
Hijo, escucha, dice una voz antigua
que emerge de las melgas, del ajial
del pito del carguero, de los remos
del árbol de la sabiduría, del dolor:
Has de saber que la noche trae estrellas
luceros, pensamientos que pasan
por la huella del bosque donde, acaso
encontremos la mirada perdida, el
maqui azul, la luz de las torcazas...
Nada puedo decir, salvo que estoy
mirándote. Mañana vete al río
revuélcate en el barro, nada contra
la travesía, remonta la corriente, detrás
de las costumbres me sentirás silbar
Amanezco en la manta, canta el fío
vienen nubes del sur, abre un junco, esa
flor tan callada; un zorro vuela, el sol
besa los riscos, salta sobre el agua un
fugaz resplandor; correhuelas olfatean
aparejos; la niebla espesa rumia la
hojarasca; respiro, es hora de afanar
Hijo, levántate... Arráncame los ajos
escarbando hallarás la mejor Poesía:
la hermosura de ser se cosecha en otoño
como ánima en pena adentro del terrón

La puerta de atrás

He abierto la puerta con lentitud
escuchando el crujir de las bisagras
casi todo está en su lugar haciéndose mito
después del terremoto -algunas cosas
en el suelo, uno que otro desprendimiento
del estuco, algo así como una mirada
perdida en la niebla- pero, nada tan

definitivo como las polillas secas
que encontramos arriba de la mesa
Hoy he cerrado el libro igual que un
ataúd y duermo entre mis costumbres
por última vez; acaso esta noche me
despida de los muebles, del nombre de
un recuerdo de infancia que sonrío en las
fotos, de los trastos, objetos que acumulan
momentos desvaídos. He reservado pasaje
a *Maleza*... Regreso a esos lugares viejos
donde pueda volver a respirar, porque
se ha perdido el aire que olía a calostro
se diluye el color de la flor del chagual
uno se tulle, se amaña, no anda tranquilo
sin el follaje de las quebradas, del zanjón
y, qué nos resta del día si no estos zapatos
vacíos saliendo del silencio, de las sombras?
Tanto ir y venir a la siga del cuerpo
para terminar así, sentados en el suelo
dibujando una paloma sobre el polvo
Ni el sol atina a entrar por las ventanas
Bueno, bueno; igual hay que estar dignos
para cuando la hija nos venga a visitar

El canto del concón

A medianoche
cuando el cielo se apaga
canta un poeta

Las abejas cuando pican

al *Monje*
Alejandro Lavín
+ 2012

(I)
Ahora, empezar a morir
esa bella manera de dormirse
adentro de las cosas
poco a poco, a la manera
de las abejas cuando pican
desfallecen y se alejan
del avellano en flor
Es bueno saber que
aunque la vieja nieve caiga
sobre los atajos
y la miel nos amarre

a las tercas costumbres
a eso que se desprende con los años
lo único cierto es la despedida

(II)
Estandremos ese día
en el mismo lugar donde partimos
en un puñado de tierra
cayendo sobre las tablas del cajón
estaremos en el trumao
que cubre las hojas de las zarzadoras
y las grupas del pilchero que
regresa paso a paso del puesto
igual, para entonces
la niebla lamerá los riscos
donde el chagual oculta su esmeralda
Estandremos como ayer
espantando los tábanos
mirando hacia el camino por si viene un recado
esperando que hinche el grano, la tortilla
y que el concón anuncie su presagio
Pero, salvo estos gestos que ya se me olvidaban
nadie preguntará por nadie
apenas la voz del agua
apenas la voz del viento
apenas el sol, y acaso las estrellas
y esta paz que se deja caer sobre los montes

III

YERBA DEL BARRACO

Las marcas ⁵

a Gustavo Adolfo Becerra

Es que siempre parto cuando puedo al monte
Sencillamente, acampo cerca de un riachuelo
saco la libreta, y el silencio me llama con el íntimo
murmullo de lo arcaico: la certeza de estar vivo
parecida al asombro que traspone las cosas
la textura, la memoria y su viejo recado
Entonces, surge una voz llena de ánimas -silabeo
pausado del dolor-, matorrales que sacude
el viento junto a la primera estrella de la tarde
mientras, mis ojos se hunden en la oscuridad

⁵ Piedras puestas como señales en las huellas que transitan los arrieros.

Los días cruzan como bandadas de pájaros
como rebaños que trotan detrás de su bramido
sobre un sendero de lajas, y heme aquí con
mi morral -no recuerdo si de ida o de regreso-
contemplando las lavas del Quetzapu, las
cenizas del gran volcán, que caen de la altura
cubriendo pircas y costumbres prehistóricas
Por esos cajones salían y entraban las palabras

De lejos, el firmamento trae nubes que chocan
con las formas; se disuelven los objetos
más amados, cuando el río arrastra pómez
cuando el aire combate con las sombras
y cae un largo temporal sobre los refugios
Ahí nos guarecemos; ahí sorbemos y brindamos
ahí nos sorprende el rumor de otro sismo
-acaso sea el mismo que nunca se detiene-
dibujando con el bastón una letra en el suelo

Puede que aquí la pena sea hermosa; puede
que la lluvia se prolongue y nos dé por callar
puede que las miradas atraviesen los riscos
y arda el sueño tras las costras y las cicatrices
puede que los puentes, el pilchero y los arreos
invadan el origen del aroma, de la pulpa
del puesto, con siluetas surgiendo de la bruma
y sombreros tan grandes que olviden el sol...
Alrededor del fuego esperamos el rocío que
lentamente, se deja caer sobre la manta

Ya no sé a dónde voy, y en verdad poco importa
Cualquier lugar desde entonces tiene leñita seca
y pastizales, un reparo y su rescoldo; desde
ese momento el gesto se llena de crujidos
la manera de ir al agua fue bajar la quebrada
hincarse cada vez que alguien tenía sed
y beber sabiduría en hojitas de lingue
El fruto madura en los otoños, semilla
la noche sus luceros, las saetas de Orión
urden las edades con leyendas; es la hora
del canto del chucao, señal de los antiguos
para ir tras la huella más allá de las marcas

Hay tanto que morir

a Cristian Cayupán

(I)

Hay tanta cosa escrita, tanto espíritu archivado
tanta vida acumulada, que no alcanzo a leer
y cuando leo converso con amigos que ya han muerto
que existieron hace siglos, que nunca sospeché
podría amar como a mis huesos. Y ahí están sus
papeles rebosantes de savia, de vuelos, de polvo
de estrellas. La poesía china espera entre magnolios
desde hace milenios, también los griegos de
Homero y de Cavafis, los artesanos del *Kalevala*
las esculturas eróticas de los templos de la India
o el *Cantar de los cantares*; esos ritos arcaicos
que se encuentran al final de un camino de tierra

(II)

Estoy mirando la migración de las cachañas
esperando me sorprenda la hora sin atados
ni pleitos, ni nada parecido, cerca de pedernales
para encender la leña y cocer los piñones
Hay tanto que vivir en este mismo instante
mientras el vaho se eleva de los barbechos
donde camarones y conejos comparten madrigueras
la soledad se llena de junquillos, presagios, y dos
o más podrían compartir un poema sorbiendo
una copa de rompón en esa cabaña de ciprés
junto al río, donde alguna vez rocé una piel
en otra era, cuando el tiempo se pisaba la cola
como fue en un principio. Hay tanto que morir
que mejor es quedarse por aquí hecho palabra

Yerba del barraco

a Panchito Rojas
detrás del mesón de su almacén

Hay en mi barrio una terneza vieja, prehistórica
oculta en sus cenizas debajo de la mesa

Huelo la luz de los jacintos, la tarde y la brisa
que empuja a los ciclistas que vuelven del trabajo
sobre sus pedales luminosos cual luciérnagas, cual
ojos de gatos aparragados entre las costumbres

Hoy cruzo las edades que leo en la maleza
en las murallas derruidas por la tembladura
y surge tras la puerta el rostro de un anciano
que ha sobrevivido a una epidemia; se sienta

y escucha noticias en la radio que hablan de
la invasión de los bárbaros, de goles y pronósticos
que nunca anunciaron sopaipillas pasadas

En mi calle el viento baila tangos con la luz

Hay algo que nos sobrecoge de las baldosas
levantadas por las raíces de los árboles, parecidas
a las líneas de la vida y a las líneas de la muerte
marcadas entre las callosidades de las manos, y
a pesar que los cibers instalaron aldeas de barro
sobre la mesa de trabajo -anuncios de tristuras
parecidas a racimos, ollas de greda, fuentes
de castañas o maizales donde los tordos hacen
de las suyas- ya nadie quiere reconocer su origen
Los satélites no encontraron ningún arrumaco
de la gente que vive en estas casas

Hay personas que miran la dicha desde afuera

Suenan balizas anunciando el fin del mundo
cuando incendios y terremotos se suceden
y pasan los malos pensamientos, los años, los
gobiernos, igual que niebla por las palomeras
que aromos, carretelas, *La Nación* ⁶, el sueldo
y se nos corta de repente el internet, el chateo
con esa familia que vive en una isla del sur
entonces, el casero, meciéndose en la silla
sorbe agüita perra, yerba del barraco, me
cuenta la historia de su primera cicatriz, los
lances de amor de Jean Valjean, anécdotas
de mi padre muerto y me pregunta por ti

Hay en mi barrio una terneza vieja, prehistórica

Al fondo de todo movimiento

Cantos de pescadores flotan en la ensenada
Wang Wei

a F.

(I)

No sé si del mar vienen tus ojos
no sé si de montaña adentro
Sólo estiro las manos hacia el fuego
para esfumar el frío de tanto callejón
que baja a la caleta, al farol oxidado
Así, una botella descorchada lentamente
es un florero con soles azules
y la bruma rodeando los muros de la casa
no se atreve a preguntar por ti

⁶ Diario chileno estatal, de libre pensamiento, que circuló entre 1927 y 2010.

Pelícanos vienen a desordenar la espuma
y botes inquietos se acercan o se alejan
en un vaivén interminable, como
los botones ebrios de tu blusa
No sé de donde viene tu mirada
tan profunda, tan exacta sobre las cosas:
puede que al fondo de todo movimiento
pase la huella que extravié en el bosque

(II)

Hoy, dibujo tus labios con mi copa y disfruto
el rumor de las mareas junto a la caleta
donde me anochezco sin recuerdos
sabiendo que mañana vendrán otras gaviotas
a la misma playa, a las mismas rocas

(III)

Cierro los ojos
y veo la cabaña del Monje
flotando en el agua

(IV)

Ni un beso
ni el roce casual de las yemas de tus dedos sobre mis párpados
ni tus párpados sobre mis angustias
ni los vagidos del silencio
ni el silencio de los encuentros más íntimos, más humanos
podrían superar este momento
esta paz insospechada que nos deja la tarde

(V)

Desapareces tras la niebla
como el silbo de un pescador
entre las olas

El profesor fusilado

a Jorge Vilugrón⁷

Cómo es posible que no te busquen si estás
ahí, a sólo cien metros bajo el mar
con tu pierna quebrada, con tus libros
de Rulfo, con tu póster del Ché aún
sonriendo? Cómo es posible que te nieguen
y nadie haga un monolito o prendan velas
a una animita donde llorar por los caídos
por tus sueños rotos, por tamaña alevosía
ahora que han pasado los años como nieblas

⁷ Detenido desaparecido, fusilado y lanzado al mar en Puerto Cisnes, a los 27 años, por el Ejército y Carabineros de Chile, el 8 de octubre de 1973.

mientras se llenan los canales de salmoneras
y la carretera austral de inocentes turistas?

*Ay, hija; tú que ahora habitas en ese espacio
en esa paz culpable, te digo que si miras
hacia la bahía de Puerto Cisnes, sus contornos
si contemplas más allá de las bandurrias
de las artesanías pintorescas, de tus gatos
de las cervezas rubias y los kújenes
más allá de las obras de caridad de los frailes
del recuerdo de incendios de bosques nativos
y de fotos en sepia de colonos o chilotos
que desfilaban sobre el barro -pero nunca
aprendieron que la tierra es de todos-
te digo, mi pequeña, que si oteas el horizonte
rozando tus ojos hay un hombre tendido
durmiendo hace cuarenta años en el mar
a cien metros bajo el agua, que fue fusilado
en ese muelle con faroles, con escaños
con lanchitas, ahí, donde recuerdas a papá*

El día de los justos tú vendrás
entre coroneles y capataces
entre beatas y jueces, entre agricultores
entre postales de atardeceres, entre
merluzas y suvenires; tú, profesor
con tu llanto de madrugada
besando un crucifijo, amarrado
al poste 35, sin capuchón negro
ni disco rojo sobre el pecho
gritando *Díganle a mi familia
que soy inocente, soy inocente...*
quejándote en el suelo antes
del tiro de gracia del mayor Ríos
tú vendrás, Jorge Vilugrón
resurrecto y eterno, a decir
simplemente *Aquí me acribillaron*

*Magdalena Paz, te escribo esta carta
o poema a fines del 2011; hace una
semana nos despedimos en este mismo
cuarto, en Talca. Ahora estás muy lejos
con tus seis añitos en Puerto Cisnes
Sólo te dejo estas palabras para que
sepas dónde habitas, que debes ser
buena con mamá, y aprender a leer
y a escribir para contar algún día
en Finlandia o donde vayas
que Jorge Vilugrón no ha muerto
porque tú, hija mía, lo viste caminando
sobre las verdes aguas del canal Puyuhuapi*

La frontera de lo irreal

*Piedad para nosotros, los que exploramos
en la frontera de lo irreal*

G. Apollinaire

Por nosotros

los que vemos mariposas en las llagas de los bipolares
de los parias, de los leprosos
con una amapola en celo en cada úlcera, desahuciados
que se arriman con su tarrito a las vitrinas
donde nada podría consolarnos
los que bajo la escarcha hurgamos la leyenda perdida
el cuento con un final abierto, un haikú
para, quizá, por última vez sentirnos jóvenes
*/ llenos de bellos ideales*⁸

Por nosotros

los que de cada aliento en la cuesta del camino
hacemos un refugio, una sombra, una cascada
aunque estemos inconscientes en el furgón de los rondines
aunque estemos bajo los efectos del Valium 10
los que agobiados por la soledad
esperamos en la esquina la presencia de un ángel
que nos diga la hora, porque aquí en esta residencia
sin paredes, ni puertas, ni ventanas
todos los relojes están malos

Por nosotros

los que siempre nos vamos cuando la fiesta empieza
y se agitan las niñas y la música sube su voltaje
y los dandis y los bacanes con sus neologismos
creen que ya olvidamos los secretos de familia
los que nadie reconoce en ninguna historia de amor
en ninguna estrella fugaz, ni eclipse, ni zodiaco
y pasamos piolas por los barrios místicos

Por nosotros

los que perdimos el tiempo sentados en la cuneta
despulgando un oso de peluche
los que insomnes captamos la presencia de otra luz
en ese instante en que los murciélagos despiertan
y las balizas encandilan la inocencia del malleto
y del árbol de la sabiduría se esfuman las manzanas

Por nosotros

sólo por nosotros
la dama pasea su perrito
los gorriones parecen tan humanos
el paisaje se oculta en las costumbres
y el jubilado con su pucho bajo un alcorcho
hace figuras, fantasmas, argollas en el aire
por donde mi hija, al fin, asoma sus ojitos...

⁸ Nicanor Parra, *Autorretrato*.

Por nosotros
sólo por nosotros
el mundo acaso mañana sea hermoso

Antes que se acabe el mundo

Antes que se acabe el mundo
debo ir a la montaña, a casa del alfarero
y hurgar entre sus trastos arrumbados
hasta dar con el pez de piedra
que presagió un poeta chino
debo decirle al arriero que me lleve
por última vez a las vegas del volcán
porque ahí perdí el cuchillo de mi abuelo
a ver si lo encuentro debajo de la marca
que usé de cabecera; debo sentarme
junto a un viejo coihue a meditar
puede que aparezcan tres ñañucas
bajando la quebrada por una huella
de trumao. Antes del juicio final
intentaré conversar con el leñero
a ver si me guarda unas ramitas secas
para el día de la resurrección
trataré de beber sin enturbiar el agua
oír tricahues a orillas del Blanquillo
contemplar conejos parados en dos patas
Antes que se acabe el mundo
escribiré tu nombre en la arena
capaz que del silencio emerja un grillo
y de las sombras el canto del concón
entonces, cerraré los ojos lentamente
debajo de unas hojas de pangue y
veré cómo estallan los astros en el cielo

EPÍLOGO

Ya tengo la lentitud de las montañas

Ya tengo la lentitud del que regresa a casa
tras largo tiempo de andar a la intemperie
Dejo los trastos en el galpón, los bastones, la carpa
-seguramente, mañana ordenaré las cosas-
y me siento a pensar en lo que resta del día
después de encontrar el cielo a manos llenas
ríos que se salen de sus cauces
lugareños que, fuera de los pleitos consabidos, aún
nos prestan ropa si te pilla una lluvia subiendo *El Mirador*
Ya tengo la lentitud de las montañas, y capaz que
termine hecho polvo debajo de estos árboles
que lo único que saben es llenarse de pájaros
Apenas unas letras quedarán por ahí
apenas un retrato sin fecha engañando la memoria
apenas el sabor agrio de unos frutos silvestres
acaso un relámpago, un trueno
y este viento que todo lo pone en su lugar
Antes de rastrearnos, de olerlos, de reconocernos
brindemos por este momento, Compañera
quizá nunca estuvimos tan cerca como hoy
cuando nos abrazamos largamente en el umbral
sabiendo que poco o nada tenemos que afanar
entre los que intentan llegar rápido, con el
alma vacía, a lo desconocido
ahora, que cerramos la puerta a los primeros fríos
y esa ansiedad se ha vuelto la dicha sencilla
de estar cansados, tendidos junto al fuego
con la mansedumbre de las caminos viejos
Ya tengo la lentitud de las montañas